

Letras y dibujos: entrevista a María Luque, Fede Pazos, Powerpaola y Lucas Nine, y un cuento ilustrado de Miguel Rep
POR FACUNDO GIMÉNEZ

Letras y dibujos: entrevista a María Luque, Fede Pazos, Powerpaola y Lucas Nine, y un cuento ilustrado de Miguel Rep

Facundo Giménez ¹

Alicia empezaba a estar harta de seguir tanto rato sentada en la orilla, junto a su hermana, sin hacer nada, una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos, “¿y de qué sirve un libro —pensó Alicia— si no tiene ilustraciones ni diálogos?”

Lewis Carroll en *Alicia en el País de las Maravillas*

Durante la infancia es difícil diferenciar el trazo de un dibujo del trazo de una letra. Dibujar y escribir, por un momento, resultan operaciones, si no iguales, al menos compatibles. La alfabetización impone un horizonte convencional que poco a poco establece límites, impone circuitos y designa irreconciliables textualidades. Aprender a leer y a escribir es, lamentablemente, olvidar esa ambigüedad del trazo y de la letra. Con

¹ Facundo Giménez es becario interno doctoral de Conicet, miembro del Celehis y docente de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo electrónico: facugimenez@gmail.com

el paso del tiempo, nuestras lecturas -como si fuéramos la hermana de Alicia - se llenan de letras, se ahogan en un mar de palabras y de márgenes, y el dibujo huye y desaparece, o queda rezagado en la infancia. ¿Será por eso acaso que la historieta es tan importante en los primeros años de nuestra vida de lectores? ¿Será ese mundo anfibio, entre la letra y trazo, entre el dibujo y la palabra, un espacio para que sobreviva la ambigüedad de la hablábamos? Sea como sea, cómic e infancia se encuentran ligados por un estrecho vínculo y en no pocos casos, estos cuadernos igualmente escritos y dibujados han sido la puerta de ingreso al mundo de lectura y de la escritura, un mundo del que – felizmente- es casi imposible salirse.

Este -entre muchos otros- es el motivo por el que iniciamos, hace algunos meses, un intercambio de correos electrónicos y de mensajes de chat con varios autores de historieta que han publicado tanto en la Argentina como en otras partes del mundo. Se trata de María Luque², Powerpaola³, Fede Pazos⁴ y Lucas Nine⁵.

El diálogo que hemos sostenido refiere principalmente a la experiencia de cada autor con la literatura infantil y juvenil, y deja entrever la importancia que tiene esta literatura en la formación de cada uno de ellos. Además, hemos tenido la posibilidad de

² María Luque nació en Rosario y vive en Buenos Aires. Desde 2005, exhibe sus trabajos en museos y galerías de Argentina, Chile, Perú, México y España. Trabaja como ilustradora editorial y coordina talleres. En 2011 creó el proyecto “Merienda dibujo”, una serie de encuentros con artistas. Es cofundadora del Festival Furioso de Dibujo. Es autora de *La mano del pintor*, una novela gráfica sobre Cándido López (Sigilo, 2016, L'Agrume Éditions 2017). Participó de *Informe: historieta argentina del siglo XXI*, publicado por la Editorial Municipal de Rosario en 2015.

³ Powerpaola es el nombre con que firma sus historietas Paola Gaviria, artista nacida en Quito en 1977 y criada en Colombia. En la ciudad de Medellín cofundó el colectivo y espacio Taller 7. Ha colaborado con diversos colectivos de fanzine, cómic e ilustración, y es autora de la novela gráfica *Virus tropical* (Random House/ Mondadori, 2013), en la que narra sus vivencias. También es la encargada de la sección de cómic en la revista *Arcadia*.

⁴ Fede Pazos nació en el año 1980 en Buenos Aires, ciudad donde actualmente reside. Comenzó su labor historietística a mediados de la década del noventa en revistas independientes. Fue editor y autor de las revistas *Grotowski* (2000-2001), *Bodhisattva!* (2001), *Bebop Junkie* (2001-2002), *Caja de pino* (2011) e *¡Inconsciente!* (2015). Es autor de la novela gráfica *La ciudad de los objetos obsoletos* (Editorial Común, 2011; La Paquet, 2013). Paralelamente, su labor como ilustrador es destacada y puede observarse en publicaciones infantiles como la revista *Genios*.

⁵ Lucas Nine nació en Buenos Aires en 1975. Es ilustrador, historietista y director de cine de animación. Sus ilustraciones en el campo del libro infantil fueron exhibidas en la Feria del Libro Infantil de Bologna (Italia) y premiadas por ALIJA en varias oportunidades. Entre sus libros, editados en Argentina, España y Francia, se destacan *Dingo Romero* (Ediciones De Ponen, 2004; Les Rêveurs, 2008), *El Circo Criollo* (Del Eclipse, 2009), *Té de nuez* (Les Rêveurs, 2011; Editorial Común, 2015) y *Borges, inspector de aves* (Hotel de las ideas, 2017).

hablar de algunas características referentes a su oficio y sobre el nuevo panorama que han dispuesto las nuevas zonas tecnológicas en las que circula el noveno arte.

Como si fuera poco, a este grupo de entrevistas, se le suma la generosidad de un autor consagrado como Miguel Rep⁶ que ha decidido acompañar esta vuelta a la infancia con un texto ilustrado que se puede leer a continuación de la entrevista.

Entrevista a María Luque, Powerpaola, Fede Pazos y Lucas Nine

Facundo Giménez: La primera pregunta que me gustaría hacerles es sobre sus primeras lecturas. Me interesaría saber cuáles fueron los primeros textos que leyeron y cómo fueron las condiciones de esa lectura inicial.

María Luque: Soy muy mala con la memoria y la verdad es que no me acuerdo. Se me hace una manada de imágenes mezcladas y me acuerdo de Mafalda, un libro de historias cortas donde una mujer mentía y se le convertía la nariz en chorizo y una enciclopedia que siempre abría en el tomo de ciencias naturales para ver los dibujos de animales. Me gustaba también mirar los libros que leía mi hermana más grande, intenté leer *Mujercitas* y avanzaba de a una o dos páginas por vez. Me acuerdo que cuando lo terminé le conté a toda mi familia.

Powerpaola: Yo recuerdo haber leído *El Principito*, era muy chiquita, acababa de aprender a leer y me maravilló el mundo fantástico que encontré ahí, me gustaba mucho leer libros con imágenes.

⁶ Miguel Repiso nació en 1961 en Buenos Aires Es dibujante y humorista gráfico. Participó en diversas publicaciones periódicas tanto en Argentina como en España. Pintó murales en varias provincias de la Argentina y en Caracas, Montevideo, Santo Domingo, México DF, La Habana, Madrid, Barcelona, Zaragoza y en el 2010 en la Feria del Libro de Frankfurt. Obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales como el Primer Premio del Concurso Fin de Siglo del I.C.I, Bs. As. y los premios Fine Work y Excellence Prize del concurso de humor The Yomiuri Shimbun, Tokio. También realizó portadas de discos y revistas. Tiene publicados más de veinte libros, entre los que se destacan: *Bellas Artes*, *Rep hizo los barrios*, *Postales*, *Platinum Plus*, *La grandeza y la chiqueza*, *Contratapas*, *Auxilio*, *vamos a nacer*, *REP para todos*, cinco libros de la colección *Para Principiantes* (Borges, Cortázar, Gramsci, Kerouac y Bukowski), y *Don Quijote de la Mancha* con 260 ilustraciones de su autoría.

Fede Pazos: Mi primer libro probablemente haya sido uno de *Asterix* o uno de *Lucky Luke*. Sin duda mis primeras lecturas vinieron de la mano de esas dos historietas. Cuando empecé a leer ya había varios libros de *Asterix* en casa por mis hermanos mayores, y tal vez incluso ya había leído alguno, pero tengo un recuerdo muy definido del día en que mis padres nos dieron a mis hermanos y a mí nuestro primer libro de *Lucky Luke*, era “El bandido mecánico”, y me quedé encantado, recuerdo mirar una y otra vez todos los detalles, lo mucho que me llamaba la atención la reproducción de un grabado de una máquina tragamonedas que traía en la última página, de intentar recordar los nombres de los autores, Morris y Goscinny, y al darme cuenta de que era el mismo guionista que el de *Asterix*, pensar: “¡ES UN GENIO!”.



Lucas Nine: En mi caso, recuerdo al infaltable *Dailan Kifki* de María Elena Walsh (ilustrado por Vilar), seguido muy de cerca por *Artemito y la Princesa* (obra de la injustamente olvidada Marjorie Torrey). En su momento, “Artemito” fue el libro playero por excelencia. Lo ayudaba ese color amarillo, propio de la colección *Robin Hood*, que hacía juego con los médanos geselinos.

También me acuerdo de algún ejemplar de *La Vuelta al Mundo en Ochenta Días*, de Julio Verne, al que leí y releí metido en una de esas camas de abuela que cedían en el medio para hundirse de una manera que terminó convirtiendo a la experiencia en *Viaje al Centro de la Tierra*. El libro me parecía fascinante, así que después conseguí otra copia para tenerlo más a mano, pero, por supuesto, no fue lo mismo: otra traducción, otros dibujos, otro papel, lo habían convertido en una criatura sin mayor encanto. Porque cuando uno es chico, la misma materialidad con la que está construido el libro es más importante que la literatura que pueda haber en ellos.

Facundo Giménez: Quisiera ahora proponerles que se recuerden a sí mismos en esas primeras lecturas: ¿cómo eran esos chicos y esas chicas?

Powerpaola: Yo era muy tímida, me encantaba dibujar y jugar con mis amigas del edificio.

María Luque: Cuando era chica me gustaba mucho leer, me acuerdo que me había fanatizado un poco con *Ami el niño de las estrellas* y en vez de salir al recreo me quedaba en el salón leyendo y mis compañeras se burlaban de mí.

Fede Pazos: Quiero creer que un chico bastante normal por aquel entonces. Aunque de vez en cuando tuviera algún que otro exabrupto para llamar la atención de los adultos, ya tendía a una cierta introspección, o tal vez abstracción, o más bien evasión probablemente, a través del dibujo, las historietas y los dibujos animados.

Lucas Nine: En mi opinión, es difícil conservar una imagen muy precisa de cómo era uno a esa edad, más bien se suele recordar cómo era el mundo por entonces. Por suerte, hace poco vi de nuevo una viejísima película casera, filmada en Súper 8, que mi padre había hecho en esas vacaciones en las cuales yo estaba fascinado con Artemito. Se muestra a un montón de niños felices, correteando por la playa (mis hermanos), y luego la cámara se desplaza lentamente hasta una carpa en cuyo interior en sombras se adivina una silueta agazapada sobre un libro (Artemito y la Princesa). La película está expuesta para la luz del sol, de manera que es difícil percibir algo de ese niño en sombras, excepto que sus ojos relumbran como dos carbones encendidos.

Facundo Giménez: Me imagino que esas lecturas infantiles fueron creando ciertos gustos y preferencias a la hora de acercarse a la literatura. Quisiera preguntarles, en particular, cómo eran los libros que te gustaban y si además, si han tenido la posibilidad de volverlos a visitar en una lectura “adulta”.

Fede Pazos: Lo mío ya eran sobre todo las historietas, como las que ya nombré, las revistas de Disney, las *Patoruzú* y todo el mundo de Quintero, *Mafalda*, la revista *Lupín*, y tantas otras. Recuerdo que uno de los mayores placeres en unas vacaciones era ir con mi familia por una peatonal en la que había algunas librerías de usados donde siempre conseguía una o dos revistas por monedas. Tenía algunos libros ilustrados que disfrutaba mucho, y hay uno en particular que recuerdo incluso habérmelo llevado en esas mismas

vacaciones conmigo, se llamaba el pincel mágico, con ilustraciones de Tsutomu Murakami, trataba de un niño que encontraba un pincel mágico y todo lo que dibujaba se volvía real. Es un libro que aún atesoro, las ilustraciones capturan cierta magia y ahí se me quedaron, grabadas.

Lucas Nine: Yo me acuerdo de la mayoría de ellos. Siendo un fanático de Tintín me asombra la cantidad de cosas nuevas que aparecen cada vez que releo cualquiera de esas historietas. Las lecturas que se hacen en la infancia son bastante particulares y el releer un libro otorga la posibilidad paradójica de releer alguna de esas lecturas. Hay algo de nosotros que queda atrapado ahí dentro, un poco como ocurre con esos pobres bichos que quedan prensados entre página y página.

Powerpaola: Había muchos libros en mi casa. Mi papá tenía dos bibliotecas enormes en la sala y una en su estudio. Había de todo. Los libros que más me gustaban eran donde había dibujos de mitología y arte románico. También unas enciclopedias que tenían muchas imágenes.

María Luque: A mí, la mayoría de los libros me gustaban por las imágenes, los miraba muchas veces sin cansarme. Me acuerdo de una versión de *Pulgarcito* que era *pop up* y podía desplegarse

como una calesita. Me parecía increíble que un libro pudiera convertirse en eso. Hay muchos que todavía están en la casa de mis papás y es lindo volver a verlos.



Facundo Giménez: Quisiera saber cuáles fueron sus libros predilectos durante su infancia. Algunos de ustedes ya anticiparon su respuesta; sin embargo, quisiera que se expliquen un poco más. Además, me gustaría preguntarles qué lecturas le interesaban durante sus respectivas adolescencias.

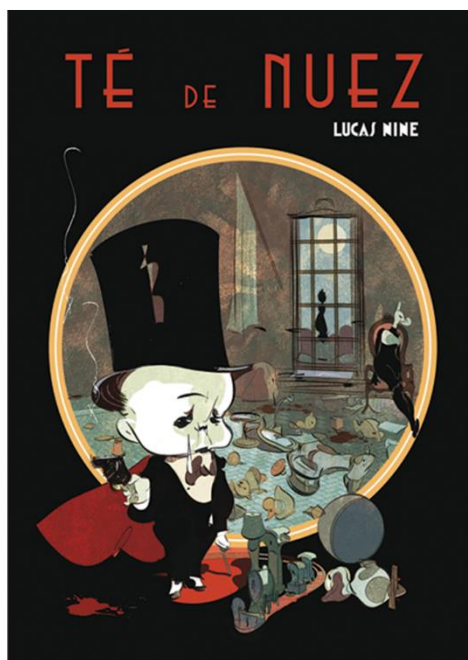
María Luque: De mi infancia supongo que puede ser ese de *Pulgarcito*. En la adolescencia me acuerdo que empecé a leer muchas biografías de mis músicos preferidos pero creo que no tenía ninguno preferido.

Fede Pazos: El libro preferido de mi infancia podría ser *Matilda*, de Roald Dahl, ilustrado por el grandísimo Quentin Blake. Esa dupla tenía algo muy especial, fue el primero que leí de Dahl, y fue siempre el favorito.

En la adolescencia las cosas cambian muy rápido, un libro muy importante fue uno llamado *Get in the van*, un diario de ruta de Henry Rollins, que escribió durante su época siendo el cantante de la banda punk *Black Flag*. Fue un libro de esos que dejan una huella, lleno de fotos increíbles de los shows en vivo, y *flyers* dibujados magistralmente por Raymond Pettibon, el mismo dibujante que realizaba las portadas de los discos. Una de las bandas más intensas del mundo, gracias a la que llegué a artistas que te cambian la genética y te enseñan cómo pueden ser las cosas, desde Coltrane y Miles Davis, a los Stooges y Henry Miller. El punk, más allá de los estereotipos, me llamó la atención y me hizo sentir cómodo por ser en su momento una fuente que parecía inagotable de creatividad inmediata, sincera, divertida y que compartía esa naturaleza popular que tanto disfrutaba de los cómics.

Lucas Nine: Tuve montones de libros predilectos en cualquiera de los dos momentos, así que sería difícil elegir. Para colmo, muchos me gustaban por razones totalmente opuestas. Podría citar uno que aún recuerdo por inverosímil, pero que para mí estaba lleno de encanto y releía sin parar. Era la obra de un veterinario francés llamado Fernand Mery y trataba sobre los gatos; pero se notaba que la pasión del señor Mery era más bien la literatura (francesa), y sus páginas rebosaban de evocaciones de Colette,

Baudelaire, y otros personajes dados al trato de los felinos. Al faltarme las referencias necesarias para saber quiénes eran todas esas personas, el resultado era más bien



misterioso: el Sr. Mery lanzaba en todo momento pullas, evocaciones o invectivas a un auditorio compuesto por fantasmas. A mis ojos, el tipo resultaba una especie de mosquetero que discutía con su sombra mientras asaba una salchicha ensartada en la punta de la espada; dueño de una escritura gesticulante y generosa que realizaba de espalda a sus lectores. El encanto de un autor no tiene necesariamente que estar relacionado con el tema sobre el que ha escrito, y los gatos aquí eran lo de menos.

Powerpaola: Como ya dije, en mi infancia, el libro preferido fue el *Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, y ya en la adolescencia, *Qué viva la música* de Andrés Caicedo

Facundo Giménez: Teniendo en cuenta el oficio que cada uno de ustedes eligió, el de historietista, no puedo dejar de preguntarles acerca de la relación entre las imágenes y las palabras. En particular me gustaría saber cómo se acoplaba el mundo de la imagen al de la lectura.

María Luque: A mí siempre me quedaba hipnotizada con las imágenes, era la parte que más disfrutaba de los libros.

Powerpaola: Siempre me interesaron los libros con imágenes, solo de adulta disfruté la lectura sin ellas.

A veces las imágenes me invitaban a crear nuevas imágenes como una vez que leí Blanca Nieves y en la ilustración aparecía ella desmayada con la puerta abierta de la casa de los enanitos, me intrigaba lo que había adentro, lo quería ver.

Otras veces yo construía esas imágenes.

Fede Pazos: Para mí iban de la mano, silbando y jugando juntos. No creo que pudiera concebir la idea de un texto sin ilustraciones por aquel entonces, era mi



puerta de entrada, y el dibujo en general era parte de mi vida desde lo narrativo, de la literatura ilustrada, a la historieta y el dibujo animado.

Lucas Nine: En algunos libros, la imagen me parecía una intrusión no deseada que iba en contra del texto (o contra las imágenes que el texto podía sugerirme) de manera que me veía obligado un poco a tapar con la mano esos errores de la naturaleza. En otros casos, eran el centro de la cosa misma (un ejemplo podría ser el de Tintín, o el de un libro que recuerdo en el cual los autores habían construido una historia a partir de las pinturas de Peter Brueghel). Pero las imágenes generadas por un libro no se limitan solamente a las que pueda aportar la ilustración o las que sugiera el texto: para un chico (o para mí, al menos) las imágenes táctiles, olfativas, también valen. El libro es un objeto, después de todo.

Facundo Giménez: Lucas, entonces ¿la "cosa misma" sería la relación entre texto e imagen? Es decir: ¿te referís a qué imagen y texto se acoplaban bien? ¿Por qué lo decís?

Lucas Nine: La "cosa", en este caso, representaría al núcleo del libro, el centro, su concepto básico. La idea es que algunos textos son independientes de la imagen (aunque puedan aceptarla felizmente) mientras que, en otros, imagen y texto forman una dualidad inseparable. Un ejemplo de un texto independiente que recibió un aporte de una imagen posterior que se volvió insustituible es el de la *Alicia* de Lewis Carroll (muchos ilustradores la dibujaron después de Tenniel, pero la Alicia icónica es la de él). En el caso de los Limericks de Edward Lear, texto e imágenes son inseparables. Y, por poner un último ejemplo, en ese libro de Brueghel que mencioné, el núcleo del libro eran las pinturas. El texto, escrito mucho después, es una especie de ilustración literaria de lo que ya muestran las imágenes.

Facundo Giménez: ¿Este mundo de la infancia del cual hemos estado hablando ingresa de alguna forma en sus propios textos historietísticos? ¿Qué peso tiene en el proceso creativo actual?

María Luque: Supongo que todas esas lecturas en algún lugar quedaron y aunque no me dé cuenta se mezclan con los dibujos que hago ahora.

Fede Pazos: Para mí ingresa por la puerta principal. Mucho se remite a esas lecturas de la infancia. En la adolescencia tuve una etapa en la que dibujaba más realista, probablemente más que nada por una cuestión de querer probar técnicas, y por algunos dibujantes que me gustaban mucho en esa época. Hasta que en un momento clave estaba leyendo la historieta Bone, de Jeff Smith, y la revista *Suélteme*, una revista independiente de Buenos Aires, en la que estaban autores como Dani The O, Diego Parés, Dario Adanti, Podetti o Pablo Fayó, toda gente que admiro muchísimo al día de hoy, y algo hizo un *click*. El disfrute de esas lecturas me hicieron darme cuenta de que estaba intentando dibujar de una manera que no sentía propia, que realmente lo que quería hacer era eso que estaba leyendo, era gracioso, inmediato y sincero, lo sentía cercano, esos autores me ayudaron a sincerarme de alguna manera. Desde entonces, casi de un día para el otro, mi estilo evolucionó desde un lado más humorístico con una línea muy definida. Con el tiempo, analizando mi propio estilo fui consciente de lo importante que fueron aquellas primeras lecturas de *Asterix*, *Lucky Luke* y las revistas de *Disney*.

Lucas Nine: La relación entre texto e imagen es para mí algo natural. Yo pienso en imágenes (como se darán cuenta al leer esta entrevista) al tiempo en que no concibo imágenes desligadas de lo narrativo y mucho de mi trabajo como historietista tiene que ver de alguna manera con la literatura. Mi libro *Borges, Inspector de Aves* es un caso concreto (se podría argüir que mi Borges está leído un poco desde la distancia que podría tener un chico, tomando al personaje al pie de la letra), pero hay otro donde trabajé con el mundo de la infancia directamente; lo cual incluye a las literaturas de la infancia. Se llama *Té de Nuez* y en la Argentina lo editó Editorial Común hace algunos años. El libro termina incluso con un cuentito ilustrado cuyo tema es, justamente, la literatura infantil. Envuelta en llamas.

Powerpaola: Creo que siempre me interesaron la pintura y los dibujos mitológicos, románicos, góticos, primitivistas, rupestres y dibujos hechos por culturas indígenas. En mi casa había mucho de eso. Por el lado de mi padre muchos libros religiosos antiguos, muchos libros sobre diferentes culturas y de arte en general y por el lado de mi madre

una pasión por el arte popular ecuatoriano, peruano y colombiano. Nunca me atrajo mucho lo figurativo realista y virtuoso. Creo que en ese sentido me interesaba contar mis historias basadas en esas influencias.

Facundo Giménez: Esta cuestión que mencionás sobre las tradiciones americanas tiene que ver con una versión sumamente interesante del cuento infantil de Blanca Nieve y Rosa Roja, que publicaste hace relativamente poco, en el que la narración tomaba un rumbo indigenista, en cuanto al universo referencial en el que estaba dispuesta la historia. Te quisiera preguntar por esa elección, ¿a qué se debe?

Powerpaola: Los bocetos del cuento los hice en un viaje que hice por Bolivia y Perú, quería que fuera inspirado en esas culturas andinas. Tal vez porque yo misma me cansé de que toda nuestra influencia sea europea o norteamericana sabiendo que tenemos una riqueza popular latinoamericana muy rica.

Facundo Giménez: Fede, vos has publicado numerosas ilustraciones en la revista *Genios*, quisiera preguntarte acerca de tus expectativas con respecto a esos lectores ¿Qué esperas que lean? ¿Crees que es distinta la forma de leer de los chicos ahora, en comparación con tu generación?

Fede Pazos: Para *Genios* ilustro en su gran mayoría juegos. Y claro, al día de hoy yo tengo imágenes en la cabeza de juegos de la revista *Billiken* que leía de chico, las tengo grabadas, tengo recuerdos específicos de estar sentado haciendo laberintos. Y esos recuerdos siempre me llamaron la atención, dándome cuenta del poder de una imagen para un niño, viniendo de un lugar aparentemente tan simple como un juego. Y creo, bah, lo sé, que hoy muchas veces me veo en el tablero queriendo generar eso mismo. Me gustaría que un niño vea el juego y diga ¡WOW! Y después de resolver el laberinto le den ganas de ponerse a dibujar.

Facundo Giménez: En cuanto a tu obra, Lucas, es algo conocido que has elaborado numerosos trabajos dirigidos al público infantil: ¿Creés que ha cambiado un poco en las

últimas décadas este grupo de lectores, en particular si pensamos en el ingreso de las redes sociales en la vida cotidiana?

Lucas Nine: Sí, seguramente. Lo veo en el caso de mi hijo, fascinado con la computadora, los videos, y otras cuestiones similares mucho más que con los libros (a los que sigue, pero no de una manera demasiado autónoma, sin la intervención de algún mayor). Es difícil saber en que derivará todo esto o siquiera lo que significa, porque, hasta un cierto punto, es un fenómeno nuevo que estamos viendo un poco desde afuera. Y, por lo menos en mi caso, yo todavía no termino de entender cómo funcionaron los viejos mecanismos que ya están oxidándose a la vera del camino.

Facundo Giménez: María, hace poco pudimos verte promocionando tu libro *La mano del pintor* en un divertido video que circuló en las redes sociales. ¿Cómo creés que ingresan las nuevas tecnologías en producción y en la recepción de la historieta?

María Luque: Creo que las redes nos ayudan a hacer circular nuestro trabajo. Me acuerdo de que para las primeras muestras que hice sacaba fotocopias del afiche para pegarlas en bares, dejaba pilitas de *flyers* en todos lados, era un trabajo gigante. Ahora es mucho más simple y sólo con subir una imagen en cualquier parte del mundo otra persona la puede ver y compartir.

Una colaboración de Miguel Rep

A continuación presentamos un texto con sus respectivas ilustraciones que nos envió Miguel Rep. Se trata de un retrato de infancia fascinante que, a grandes rasgos, podría resumirse en el nacimiento de un lector y el descubrimiento de una lectura.

HAMLET

Miguel Rep

El chico está encerrado en una habitación.

No está bajo llave, pero es como si lo estuviera. ¿Qué hizo ese niño?

Tiene la cara hinchada.

Se aburre el chico. Afuera, resuenan los corsos de pueblo.

Ni se anima a abrir la ventana, para no ver la algarabía ajena.

No por el contagio, no. Está en cuarentena.

Está sentado en la cama. No hay nada divertido en esa habitación, ni siquiera lápiz y papel.

Sólo hay una repisa. Arriba de la cama, empotrada.

Estira la mano.

Ese chico fue traído al correntino pueblo de San Roque por su tío.

Su tío, Antonio, había salido un tiempito atrás de la cárcel.

Entraba y salía de la celda como quien vive en un hotel.

Lo habían estafado y se comió ir adentro por firmar unos cheques.

Pero todos lo querían, al iluso Antonio, hasta que un día salió.

Y al tiempo se metió en otra aventura comercial.

Una heladería.

Entonces, los padres del chico, llegados de Buenos Aires para pasar las vacaciones en otro pueblo,

le cedieron al nene por dos meses para que ayude.

Y el chico trabajó en la heladería. Veía hacerse esas cremas frías estiradas por la máquina,

dando vueltas hasta lograr la consistencia, hasta que aprendió, y luego lo pusieron a vender también,

para lo cuál aprendió a llenar los vasitos y los cucuruchos con la terminación prolija, pero también durante las siestas caminaba las calles de tierra con su caja de telgopor, gritando helados en cada esquina.

Hasta que llegaron los corsos correntinos.

El tío armó puestos callejeros para vender helados de palito, y serpentinas.

Y papel picado. Y espuma.

Para adornar la heladería y los caballetes de la calle, compró decenas de globos de tres colores.

Y el chico fue el encargado de inflarlos.

Al día siguiente tenía los costados de la cara hinchadísimos. No se quería ni ver en el espejo.

Sus ojos, naturalmente caídos, estaban más abajo aún.

Le diagnosticaron paperas.

Le dijeron al tío que había que aislarlo. Y encontró una pieza, en el caserón de un paisano árabe.

Allá fue el chico, lejos de la familia, que ya habían regresado a la Capital Federal, de sus hermanitos,

de los helados, especialmente el de dulce de leche,

lejos del yacaré atado en el baldío de la heladería, que tiraba dentelladas.

De Nibal, el loco del pueblo y su *junper* colorado.

De jugar con el hijo de la viuda, novia de su tío.

Y ahora, lejos de la gente que se tiraba agua y tomaba refrescos durante las noches de carnaval.

Su mano estirada
advierde una pila de
revistas.

Las empuja hacia él y
las deja caer. Igual,
quedan apiladitas
sobre la cama.

Es un montón de
semanario *El Gráfico*,

con sus portadas de jugadores de fútbol.

Refunfuña el chico. Justo a mí que me gustan casi todas las revistas, están éstas, que no me gustan.



Porque *El Gráfico* le recuerda que son las únicas revistas que están sobre la mesada de la peluquería de Tomasito,

Y él odia que le corten el pelo.

Lo obliga su papá, quiere el pelo como lo tiene los soldados.

Entonces él odia la peluquería. Y a Tomasito. Y *El Gráfico*. Y al fútbol.

No puede ni ver esas fotos de equipos y goles. No soporta siquiera las figuritas de jugadores.

Así que, bufando, hace a un lado la pila de revistas, las tira al piso.

Mira sus pies, el chico.

Mira la puerta. Mira la ventana.

Escucha el jolgorio.

Se palpa las hinchazones debajo de las orejas.

No le duelen, y hasta le parece que se desinflaron un poco.

Mira el techo. Mira la repisa.

Estira la mano.

Un libro.

Con las hojas como serruchadas. Voluminoso.

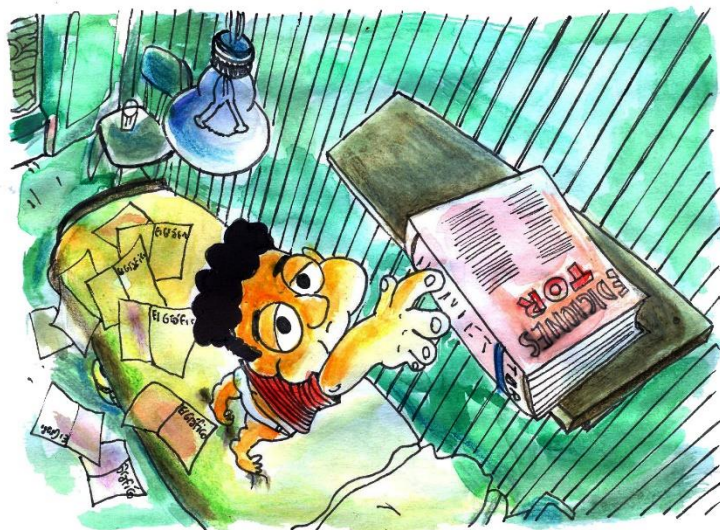
La tapa promete. Una especie de guerrero, un castillo, un fantasma.

Abre el libro.

Y entonces todo el bullicio, los griteríos con tonada guaraní, las ganas de salir, todo se borra.

Días después, lo revisa alguien con guardapolvos, y se dan cuenta que todo era una

hinchazón por inflar demasiados globos, y lo liberan.



Volverá a Buenos Aires, y ese año, en cuarto grado, se enamorará de una rubiecita que no le dará bola,

pero de quien él, por veneración, averiguará cada detalle de su vida,

y uno importante es que es fanática de Boca.

Entonces él, que por tradición familiar era tibiamente de River,

se hace de Boca. Y será fanático. Y fanático del fútbol.

Pero antes de que todo esto ocurra lo liberan.

Se lleva su bolsito, y el libro.

La tapa es un dibujo que promete una novela de fantasía heroica,

muy atractiva para la edad de ese chico que no parará de leerlo una y otra vez en esa estancia pueblerina.

Y que seguirá leyendo, en distintas ediciones por supuesto, durante cada estirón,

y luego sin estirones y luego y luego y luego,

hasta hoy.

Es *Hamlet*, y aparte de todo es un libro muy divertido.